

XXIX JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO

LA CERCANIA EN EL SERVICIO, CONSUELO Y SALUD EN LA ENFERMEDAD

**Servir significa cuidar a los frágiles de nuestras familias,
de nuestra sociedad, de nuestro pueblo.**

En este compromiso cada uno es capaz de dejar de lado sus búsquedas, afanes, deseos de omnipotencia ante la mirada concreta de los más frágiles. El servicio siempre mira el rostro del hermano, toca su carne, siente su proximidad y hasta en algunos casos la “padece” y busca la promoción del hermano (*cf 3*) ...se deja involucrar en el sufrimiento hasta llegar a hacerse cargo de él por medio del servicio (*cf Lc 10, 30-35*).

El Papa nos recuerda, además, las actitudes del buen Samaritano:

Detenerse, escuchar y establecer una relación empática con el otro (*cf 1*).

Detenerse: pararse, encontrar tiempo y espacio en nuestro quehacer diario y carreras permanentes, no pasar de largo, estar dispuestos a cambiar de programa, no permanecer indiferentes.

Acercarse: (presencial o virtualmente) para escuchar, comprender, compartir, acompañar. Este “acercarse” nos exige salir de nuestro propio mundo, de nuestras preocupaciones e intereses, superar todas las distancias, hacer propias las necesidades del hermano y sanar desde la solidaridad.

Darse: hacerse cargo, cuidar, hacerse prójimo, vendar heridas, hospedar al hermano en nuestro corazón; ser compañía silenciosa y cariñosa, presencia maternal de la Iglesia que arroja de ternura y fortalece el corazón (*cf Salvifici doloris 28 y 29; Aparecida 420*).

La cercanía es un bálsamo que brinda apoyo y consuelo a quien sufre en la enfermedad (*cf 3*).

La experiencia de la enfermedad hace que sintamos nuestra propia vulnerabilidad y, al mismo tiempo, la necesidad innata del otro. La cercanía, expresión del amor de Jesús, es un bálsamo capaz de sanar las heridas y acoger a los hermanos más débiles que necesitan escucha, compañía y consuelo; una sonrisa que infunda esperanza y una oración que ayude a recuperar fortaleza, confianza, serenidad.

Esta proximidad nos capacita para acercarnos con delicadeza y respeto al misterio del sufrimiento, no para explicarlo, sino para testimoniar la presencia del Señor que ama, se solidariza, acompaña.

Es la actitud que encarna los valores evangélicos de la compasión, “ser misericordiosos como el Padre”, el amor, la entrega y la alegría en el servicio; es presencia discreta, como fermento y levadura, sal y luz en medio de las situaciones de sufrimiento, enfermedad y angustia, dando razón de nuestra esperanza.

“*Quiero una Iglesia que sana heridas*”, nos repite el Papa Francisco. “¡Cuántos testimonios de caridad podríamos citar en la historia de la Iglesia! Santos que han transformado toda su vida en un servicio al prójimo” (*Deus caritas est 40*).

La persona enferma quiere encontrar en nosotros el lugar privilegiado que ha encontrado en Jesús: actitudes, gestos, palabras sanadoras: “...salía de él una fuerza que sanaba a todos” (*Lc 6,19*).

En la fidelidad a Jesús no podemos descuidar nuestra tarea sanadora: “Y los envió a proclamar el Reino y a sanar” (*Lc 9, 2; 10, 9*). El Señor nos invita a redescubrir la dimensión sanadora de la evangelización.

Jesús vincula estrechamente la predicación misionera y la tarea sanadora de los discípulos. Todos debemos sentirnos llamados a ser sanadores heridos desde nuestra misión: comunicar salud con nuestra manera de ser y vivir la fe, promover el Reino de Dios que es Reino de paz y de justicia, de vida y de salud.

“Establecer un pacto de confianza y respeto mutuo entre la persona enferma y los profesionales de la salud,... brindar una salud holística, integral” (cf 4).

“¡Cuánto tiene de buen samaritano la profesión del médico, de la enfermera y otros similares!... Nos inclinamos a pensar más bien en una vocación que en una profesión. Pensando en tantos profesionales que con su ciencia y capacidad prestan tantos servicios al prójimo que sufre, no podemos menos de dirigirles unas palabras de aprecio y gratitud” (*Salvifici doloris 29*).

Las mismas curaciones de Jesús no son gestos mágicos sino que son fruto de un encuentro personal profundo. Es muy importante actuar junto a los profesionales de la salud apoyándolos y acompañándolos en su proceso de formación, de humanización y fortalecimiento de los valores humanos y éticos.

Encontrarse con el otro significa escucharlo y acogerlo en sus preocupaciones, esperanzas, dificultades, con su historia, sus miedos, sus angustias; establecer con él

una relación fraterna y ofrecer una salud integral que satisfaga sus necesidades a nivel físico, emocional, intelectual, social y espiritual.

Benedicto XVI nos dice que la competencia profesional por sí sola no basta. Los seres humanos necesitan algo más que una atención técnicamente correcta. Necesitan humanidad, necesitan atención cordial. Necesitan sobre todo una “formación del corazón” (*Deus caritas est 31a*).

De aquí la importancia de tomar conciencia de lo que vive la persona cuando está enferma, de sus reacciones y sentimientos, y eso es lo que se pide en un pacto de respeto mutuo, de confianza. De lo contrario no se podrá establecer con aquel que sufre una relación sanadora adecuada.

“*Un corazón que ve*”, nos sugiere Benedicto XVI. “El corazón ve dónde se necesita amor y actúa en consecuencia” (*cf 31b*).

P. Adriano Tarrarán
Coordinador Pastoral de la Salud SNPS